

Este libro es el retazo de la biografía de una reconocida científica ganadora del premio poético La Isla.

Narra la historia de una Nochevieja del pasado oscuro de Tes que, aunque los que la han conocido recientemente no se lo crean ; en ese momento era una vividora redomada e indomable, que, leyendo un libro de normalización lingüística eso no nos lo cuenta, pero puedo dar fe , decide que es hora de “normalizarse”. Dado que si algo no ha soportado nunca es hacer el tonto inconscientemente, como leer libros que sirven para que tú te ayudes a ti mismo según los criterios de alguien que no te conoce y que ni siquiera sabes qué tal le va, esa noche decide ser un poco más coherente y escribir su propio libro de autoayuda. Su historia puede servirte para algunas cosas, incluso para que aprendas a ayudarte a ti mismo, pero la editorial no me permite decirte cómo ni para qué, porque según alguien que sabe de literatura y de marketing, hay que preservar el misterio.

Nale



Soy la autora de un libro que escribió otra persona: una estudiante que había huído de un hogar disfuncional burgués, abstemia, vegetariana, practicante de yoga y meditación, responsable y que sacaba muy buenas notas sin ser empollona, que leía desde niña barbaridades, que compartía casa con un amigo que actualmente da clases de antropología económica en la universidad, que trabajaba de camarera en bares nocturnos y discotecas para pagarse la facultad de filosofía y no sentirse una inadaptada, pero cobrando, que cenaba helado si le daba la gana gracias al que consideraba el mejor poema de Borges, el que tenía colgado en la nevera y en el que según los datos que tenía en aquella época tardó casi ochenta y cuatro años en escribir, ignorando

que según lo que parece no lo había escrito él, que andaba mareada y enamorada del que sería posteriormente su ex y el padre de su hijo, en el orden convencional, que después de los coles privados era rica necesitando poco y rodeada de otro tipo de gente, y que tras sentirse menos sola en este mundo después de leer las primeras páginas de *Aprendizaje o Libro de los placeres* de Clarice Lispector, había decidido dedicarse a la vida contemplativa influenciada por un argumento de la *Condición Humana* de H. Arendt, pero solo en la medida de lo posible bajo la influencia de la importancia de la autonomía de Epicteto, de la economía laboralista de *Elogio a la ociosidad* de B. Russell y , posiblemente, una especie de prejuicio de clase proletaria y otros muchos similares-prejuicios y pensadores-. Es muy probable que alguno de estos argumentos la motivara a escribir este libro. Eso sí, la que lo guardó en un cajón 30 años es la misma persona a la que le gusta A. Huxley, Kundera, Dostoyevski, Camus y Baricco. Y si empiezo con los filósofos y filósofas que escriben ensayo, podemos acabar con ese chiste del gremio que dice que hemos estudiado en una casa de citas.

Tes



Era hedonista, según mis amantes, narcisista -porque nadie me enganchaba-, egoísta -porque no cocinaba ni planchaba- y un poco guarra -porque no limpiaba y porque es probable que me acostara con algún perturbado remilgado-. Algún colega de alguna de esas facultades a las que iba a ligar y hacer vida social me dijo que parecía un poco tío. Creo que era porque no daba explicaciones y tampoco me justificaba: estilo “domador de perros”. Menos mal, y estoy muy contenta, de que los tíos de hace 30 años no sean los mismos después de 30 años.

Yo tampoco soy la misma. Pero dado que si os lo cuento le voy a hacer *spoiler* al libro de mi autora, lo dejamos. Ella dice que no lo escribió ella. A mí no me parece que haya cambiado tanto. Y no me refiero a ese “estás igual” queriendo decir que aún se te reconoce, típico de bienqueda cincuentón. Pero me

voy a callar. Que después de pasarme la vida generando problemas, ya estoy cansada. Además, yo nunca fui responsable y ahora toca empezar a serlo y asumir que he colaborado en crear la mayoría de los problemas que he tenido que resolver y todos los que, cuando llegué, ya no eran problemas.

En fin, que gracias a la artista y diseñadora Luna Pérez Visairas estoy estupenda en la foto y el libro ha quedado muy bonito.

Miedo al Tedio



Nale Parada Mas

Primera Edición, diciembre 2025
MIEDO AL TEDIO

© Nale Parada Mas, 2025
© Editorial Isla Filosofía, 2025
Todos los derechos reservados
www.filosofiamallorca.org
@nale.parada

Diseño de cubierta e ilustraciones:
Luna Pérez Visairas
www.lunaperezvisairas.com

ISBN: 978-84-129681-8-7

Fotografía Portada usada en el collage:
Alfred Cheney Johnston - Ziegfeld Follies Girl in White Dress

*Dedicado a todas las Tes y Lolos de todos los géneros.
Incluso a los potenciales que llevamos dentro.*



Nosotras en otro espacio tiempo



Reflexión de la autora 30 años después

Cuando leí un mundo feliz de A. Huxley hace unos treinta años, me llamó la atención la idea, inspirada por la reflexión del prólogo, de poder publicar un libro que has escrito tú cuando ya no eres el mismo, así que decidí materializarla y guardarla treinta años en un cajón. Este es el fruto de un juego que consistía en ser el autor de algo que escribió “otra persona”. Posicionarme en una zona fronteriza entre la ontología, la gnoseología, la legalidad y la ética sin más pretensiones que hacerte pasar un rato agradable reflexionando de un modo distinto a como lo harías tú solo.

Pregunta ontológica: ¿Soy la misma persona?

Pregunta gnoseológica: ¿Tengo el mismo conocimiento que tenía? ¿Podría escribir del mismo modo?

Pregunta ontológica-gnoseológica: Si tengo un conocimiento distinto, ¿soy una persona distinta?

Preguntas legales y éticas -extrañamente juntas-: ¿Puedo firmar una obra a mi nombre si decido que no soy la misma persona? ¿Y si lo decide otro? ¿Por qué? ¿Quién decide quién soy yo?

Comparto un fragmento del texto inspirador mencionado del filósofo A. Huxley:

(...) perder los años de la madurez en el intento de corregir los pecados artísticos cometidos y legados por esta persona ajena que fue uno mismo en la juventud, todo ello, sin duda, es vano y fútil. De

aquí que este nuevo Un mundo feliz sea exactamente igual al viejo. Sus defectos como obra de arte son considerables; mas para corregirlos debería haber vuelto a escribir el libro, y al hacerlo, como un hombre mayor, como otra persona que soy, probablemente hubiese soslayado no solo algunas de las faltas de la obra, sino también algunos de los méritos que poseyera originalmente. Así, resistiéndome a la tentación de revolcarme en los remordimientos artísticos, prefiero dejar tal como está lo bueno y lo malo del libro y pensar en otra cosa.

El tiempo pasa, la vida nos transforma y la palabra escrita se queda ahí. Esas palabras no se las lleva el viento. He reflexionado en muchas ocasiones sobre por qué Sócrates y Krishnamurti dialogaban con otros en vez de escribir, y estoy convencida de que una de las posibles razones es que parece que cierta sabiduría siente que no le sienta bien la comida congelada.

Dado que este libro no pretendía hablar de sabiduría sino de algo muchísimo más básico incluso que el discernimiento, opté por una narrativa fantásticamente realista, dado que la literatura parece poder permitirse el lujo de aceptar, sin hacer nada más, la ignorancia propia y ajena. Aparentemente no busca la verdad, aunque, a veces, se la encuentra. Y Miedo al Tedio se encontró con ese género al que cualquier persona que ame la filosofía le tendría fobia: el *fast food existencial*. La filosofía es un camino que insta a pensar bien sobre el bien, incita a la reflexión sentida sobre tu vida, el hacerte preguntas, a cultivar la virtud y el criterio propio, a desidentificarte de tus pensamientos, a observarlos, a

preguntarte de dónde vienen, sus fundamentos, sus razones, sus sentimientos, sus argumentos... En síntesis, es cuestionarnos lo que pensamos para saber lo que no somos y revisar condicionamientos familiares, vitales y culturales. Y poder ahondar en lo humano como humano que sabe reflexionar para afrontar lo mejor posible cada dilema o circunstancia que lo requiere, sin recetas dogmáticas.

Tes, la protagonista de este libro, me contaba el otro día: -¿Te imaginas a un supuesto gran chef, que al abrir la nevera para ir a hacer la cena, tiene que ir a buscar una receta? ¿Y que la receta que elige es fast food yanqui? ¿Y que los aspectos nutricionales de los alimentos le importan un carajo? ¿Y qué en vez de un buen vino te abre una lata roja de azúcar con gas? Y ya que nos hemos puesto, ¿te imaginas que decide irse a trabajar a la casa dorada, ya que en ese despotismo desilustrado no se requiere tener cultura, ni gastronómica, ni cognitiva, ni experiencial? Se trata de vanidad y avaricia, en vez de excelencia y creatividad. Desde ahí, cuanto más cutre, mejor; así se descarta a los humanos inteligentes y sensibles que tienen ese extraño gusto por la verdad y la belleza -.

En fin, Tes, el personaje de esta historia hace treinta años, hace una docena decidió dedicarse a la neurociencia para indagar qué es lo que hace que determinados seres humanos tengan esa extraña especie de inmunidad cognitiva y emocional contra esos virus de la postverdad que contagian tanta estupidez. Y aún así, sigue sin entender nada.

Reflexión de Tes hace 30 años

Cuando aún era, físicamente, una adolescente, decidí intentar hacer plausible un estilo de vida que ensalzara las emociones, tras considerar el territorio de la razón como el patrimonio de un grupo de autocondenados al tedio. Mis prejuicios solo me permitían ver que en ese mundo se pretendía transformar la gastronomía en nutrición y el amor en sexo. Sin embargo, debido a una larga serie de determinaciones, creo que jamás hubiera podido atacar el racionalismo con irracionalismo; tan solo pretendía rechazar la actitud que este había tomado, mostrándose incapaz de explicar, comprender y satisfacer las necesidades humanas.

A los treinta y cuatro años empecé a sentir las consecuencias de una serie de procesos de envejecimiento que afectaban a mi identidad. Teniendo en cuenta las características psicológicas del problema, en vez de tomar antioxidantes, revisé mi situación social, partiendo de la consideración de que hasta los automarginados, por libres que ellos se crean, ocupan su lugar en este sistema. Volví a rebeldía vs adaptación, pretendiendo minimizar la primera y maximizar la segunda. Había decidido que a mi edad me convenía ser un sujeto normalizado.

Hasta aquel momento, había trabajado de camarera en una veintena de restaurantes, pubs y discotecas, de telefonista en una pizzería, de modelo en la facultad de Bellas Artes, de dependiente en una tienda de ropa infantil, de comercial en una inmobiliaria, de recepcionista en un par de hoteles, de representante de zapatillas deportivas, de guía en una reserva

natural y de diseñadora gráfica. Había estudiado tres cursos de psicología, dos de educación social, uno de ciencias físicas y otro de historia del arte. Además de mis dos lenguas nativas, catalán y español, hablaba italiano, alemán, francés, gallego, vasco e inglés. Y todas mal. Había vivido en una veintena de casas diferentes, había poseído más de una docena de coches, había tenido más accidentes que coches y, para las frecuentes noches de insomnio, contaba con todo un rebaño de antiguos amantes. A uno por minuto, casi dos horas.

Ante ese análisis de mi vida, para no caer en picado encima de una raya, decidí tomar una determinación. Resulta paradójico que cambiar consistiera en dejar de cambiar. Tenía que plantearme la vida de otro modo. Por eso, tras decidir que debía superar mi miedo al tedio, me vi intentando iniciar una historia de miedo al miedo al tedio.

Mi D.N.I. dice que me llamo Teresa, pero aparte de mis padres, que, al fin, ya no me llaman nunca, todo el mundo me llama Tes. Hace poco supe, por culpa de mi autora, que en la época prehelénica llamaban de ese modo a los seres humanos de la peor calaña:

“En aquella sociedad, formada por pequeñas comunas autosuficientes, el tes era un ser de menos categoría que el esclavo. Este último, al menos, pertenecía a una familia; sin embargo, el tes era una especie de vagabundo, un desarraigado que no poseía ningún vínculo. Lo peor de lo peor, un ser libre, un humano sin yugos afectivos, que no pertenecía a nadie, ni nadie le pertenecía. En fin, un perdido, un miembro desprendido, que debía cargar, sin

*poder ocultarlo, con su soledad.” *1*

1 Nale Parada Mas, “Si hay Verdad, hay Belleza”. Ed. Isla de Filosofía. Pág.50

Pretendo decir, después de exponer esta información, que si pudiera elegir mi nombre, me llamaría, de nuevo, Tes.

La Introducción de Tes hace 30 años

Los más ortodoxos inician una novela con el planteamiento de un conflicto y descartan el mundo de los sueños para no confundir al lector. Pero esto no es una novela, yo no soy ortodoxa, ni católica, ni rumana, y además, escribo, para quien sepa distinguir, en el mundo de los hechos, los posibles de los reales.

Por lo tanto, empezaré por recordar una noche en la que estaba abrazada a un cuerpo que había logrado convencerme de que no necesitaba nada más. Tarea ardua, pues incluso dormida, solo una metáfora puede respirarlo, beberlo o nutrirse de él.

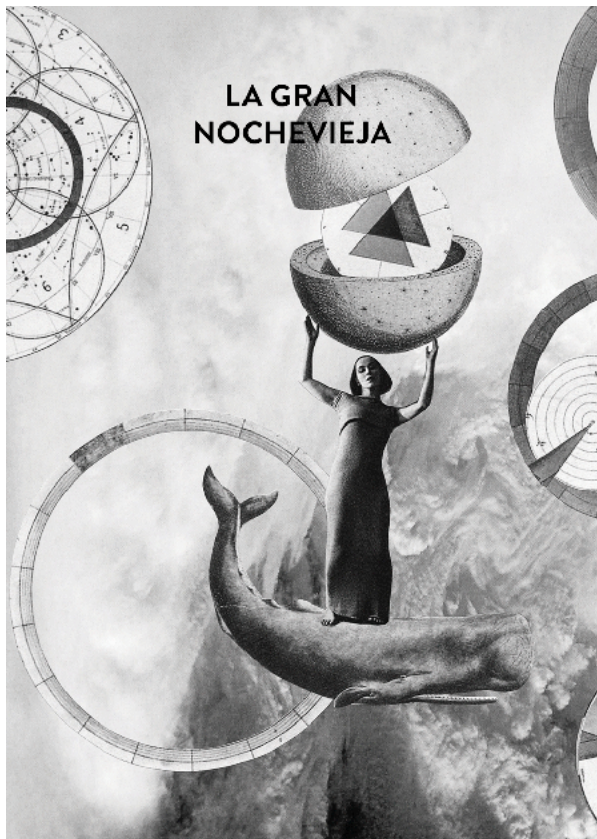
Pensé que eso sería, eternamente, mi prioridad existencial, y convertí aquel cuerpo protector, que estaba desnudo sobre el mío y muy profundamente dentro, en un mundo posible. Pero los continuos fracasos amorosos me incitaron a sospechar que ese mundo posible no pertenecía al mundo de los hechos.

Después de leer las *Meditaciones metafísicas* de R. Descartes, supuse que aquel ser sonámbulo podía amarme de ese modo, porque era un producto de mi mente. Desde ese planteamiento, la sensación de lealtad que lograba transmitirme solo podía deberse a que él era yo siendo hombre. Así fue como descubrí que si mi mente se duplicara y la copia ocupara un cuerpo masculino yo y mi otro yo nos

amaríamos incondicionalmente. Obviamente, después de aprender a dejar de insultarme, desprenderme de mis boicots, tendencias autodestructivas y dejar de culparme, machacarme o flagelarme. Que no es fácil. Para después tener que empezar a preocuparme por la evidencia narcisista.

Todo eso me llevó a pensar que, en el mundo que comparto con otros, regidos todos por un injusto sistema de intercambio, miembros de mi psique como el expuesto estaban condenados a ser un residuo irreciclable. Por eso mandé al carajo aquel sueño y decidí que debía detenerme a reflexionar para transformar mis motivos más profundos.

La gran Nochevieja



La pasada Nochevieja, me acomodé en el sillón y alargué la mano hasta alcanzar el mando a distancia. Cogí una bolsa de cacahuetes y me dispuse a picotear la programación televisiva. A las doce, escuché las campanadas frunciendo los morros. Desde que sé tragar, poseo autoconsciencia, sentido del futuro e intereses personales; cada treinta y uno de diciembre rodaban por mi garganta doce uvas sin fermentar. Ya era hora de romper un ciclo.

Tras coger un boli y varios papeles, me dispuse a inventar cuánto me quedaba de vida. No niego la influencia del azar, pero aquella noche había optado por creer que todos encontramos lo que andamos buscando. ¿Los imprevistos? : ¡Putadas del inconsciente!

Entonces, recordé la frase que Lolo, un profesor de filosofía amigo mío, no se cansa de repetirme:

-Tes, a ti lo que te pasa es que necesitas problemas-.

Descubriendo que, al fin, estaba de acuerdo con él en algo, pensé que había dado con la primera uva. La escribí, y al releerla, me dije que suponer que eso podía ser útil para lograr mi propósito era casi tan absurdo como ponerme bragas rojas. Me di cuenta de que era una oración demasiado amplia, pero su abstracto contenido me llevó hasta la primera premisa. Se trata de una de las frases que más me duelen.

Una frase que me estremece. Imagino que la herida se abre ulcerada con el recuerdo de cierta persona que la emitió, pero la sangre coagula al verme obligada a asumir que la mayoría de mis problemas no son problemas reales.

1. No te montes historias

JUANITA/O

Juanito tiene una relación con Juanita. Juanita desconoce los sentimientos que Juanito tiene hacia ella. Si ante la duda, Juanita induce qué es lo que impulsa a Juanito a actuar de modo determinado, es decir, supone los sentimientos que le motivan, podemos afirmar que Juanita se monta historias. Pero si Juanita es algo más analítica, o lo que para el caso es lo mismo, tiende a comerse el tarro, topará con varias posibilidades. Para decidirse por una de ellas, deberá eliminar las restantes y, por lo tanto, cuando encuentre argumentos que contradigan alguna posible verdad, podrá rechazarla. Ciertamente es más fácil preguntarle a Juanito, pero imaginemos que la suya es una relación que carece de confianza y que a Juanita le gusta gastar energías estúpidamente. Supongamos que elimina opciones y se decide por una explicación. Supongamos que, a pesar de la conducta que describimos, Juanita es inteligente y su razonamiento es lógico, es decir, que no ha cogido al toro por la trompa. Sin embargo, ha errado, pues había factores que intervenían en el comportamiento de Juanito que ella no pudo ni imaginar. Pero aunque hubiera sido una buena adivina, Juanito es una persona, y por lo tanto, es voluble. Surge una nueva situación, nuevas posibilidades y nuevos riesgos de error. Y como no abandona su irrisorio propósito, se dedica a crear un esquema en árbol casi centenario. Llegados a este punto, Juanita está agotada y

le pregunta a Juanito. -No te quiero-. Le dice él. cuando Juanita intenta descubrir en qué rama del árbol se equivocó, incitándole ese error a seguir gastando energías inútilmente, el capullo de Juanito va y le dice que la quiere.

Sintiéndome tan idiota como se debió sentir Juanita, pensé que la imaginación puede tentarte a perder el tiempo, incitándote a resolver problemas irresolubles o inexistentes. Aquel cuento sirvió para recordarme que es muy poco útil ponerse en la piel de otra persona para entender lo que piensa. Para eso, lo mejor es hablar, aunque para lograr una adecuada comunicación lingüística también debamos afrontar grandes inconvenientes.

Me dispuse a escribir mis doce propósitos. Uno por cada mes, uno por cada uva de la suerte que había rechazado para sustituirla por una ley del esfuerzo.

Aquella noche estaba seriamente enfadada conmigo.

Relacioné mi sensación de inutilidad con una escala que utiliza Lolo, mi amigo teórico, para evaluar una vida humana concreta. Él expondría que en el nivel más bajo se hallan las personas que no son solo incapaces de aportar felicidad al conjunto, sino que se dedican a restarla. Eso me relajó; ante esa piltrafa de teoría, yo me consideraba una persona moderadamente inútil.

Poco después, empecé a pensar que también era moderadamente cobarde. Y me gusta menos la cobardía que la inutilidad. Hubiera deseado poder refutar mi ausencia de valor, pero acepté que, como Juanita, que anduvo perdiendo

el tiempo por no ser capaz de hacer las preguntas adecuadas, en muchas ocasiones me había decantado por la inquietud para no tener que digerir una verdad desagradable. La verdad sigue existiendo, pero en nuestra cabeza solo existe la duda, y esta, al menos, suele tener dos caras, una menos fea que la otra. Creo que en estos casos, los listos emocionales utilizan el autoengaño, pero los tontos escépticos, tan solo logramos acumular ansiedad. Si no, que se lo pregunten a Juanita. La disyunción me quiere o no me quiere; a instantes la empujaba a la izquierda, a otros a la derecha, y siempre caminaba inclinada. No obstante, ella aprendió con aquella historia, la que ella se montó, y este suele ser su consejo:

2. No huyas de la realidad

Desde luego, si uno no huye de esas verdades que duelen, es más difícil que se monte historias. Y aunque dar la cara provoque que tu musculatura se tense para echar a correr, que tengas que soportar una maldita opresión entre las tetas, que sin tocarte creas que te has convertido en una estatua de hierro oxidada o que desees llorar, chillar, patatear... ¡Sonríe!, pues al limpiar la duda has evitado una infección mental. Nunca me convencen mis sermones, y he de confesar que esta segunda uva casi se me atraganta. Explicaré por qué:

EL ATEO, EL BUENO Y EL MALO

Un mal día, Saturnina descubrió que era un vampiro. Se lo dijo una voz. Gracias a ella, pudo entender por qué su madre fue al dentista a limarse los colmillos, por qué le repugnaba la comida y por qué todos sus intentos de suicidio habían fracasado. De repente, supo que lo suyo no era un problema de ansiedad, pues el exceso de energía que solo lograba calmar el alcohol era un poder sobrehumano.

Intentó hablar con la madre virgen, pero alguien les debió avisar, pues todas las puertas de todas las iglesias estaban cerradas. Los

perros la perseguían, los humanos se iban retirando a su paso, pero, al fin, logró encontrar un templo abierto. Las almas de los iluminados intentaron penetrarla y; al sentirse como un horno microondas a máxima potencia, no se atrevió a tocar el agua bendita. Llegó a su casa pensando cómo podría conseguir sangre fresca, sin hormonas ni sustancias químicas, cuando descubrió que el ser pasivo que creyó que era su padre era impotente y que la maruja de su madre era una dama de la noche que se había tirado al diablo.

Poco después, cogió su moto para ir hasta la Catedral, subió a una de las torres y voló hasta la clínica. Cuando la voz le echó la bronca por intentar volar siendo novata, sonrió. Aquel trompazo le había servido para comprobar que era inmortal.

El drama se enreda cuando aparece un inmortal del partido opuesto. El obispo pretende que la señora de las tinieblas vea la luz, pero Saturnina, después de una imitación peliculera de niña endemoniada, logra que el ilustrísimo se arrodille para rezar a su dios. Cuando llega el psiquiatra, descubre por qué solo tiene licencia para medicar a uno de los dos inmortales: Jesucristo era más listo que Saturnina.

El científico parece tenerlo claro:

-Ni vampira, ni puñetas: ¡Esquizofrénica!-.

Para demostrar su tesis empíricamente, bastaba con cargársela sin estaca, pero no iba a solucionar de ese modo el delirio social de la inmortalidad.

¿El título de la peli?: El bueno, el ateo y el malo.

¿La síntesis?:

Por argumentos antropológicos, psicológicos, biológicos, lógicos, de sentido común o de cualquier otra índole que podamos poseer, uno es inmortal hasta que se demuestre lo contrario.

Yo aún no entiendo por qué nadie creía a Saturnina, pero supongo que, si se diera el caso, pocos estarían dispuestos a ofrecer su cuello para obtener lo que la mayoría de las religiones te dan gratis.

Lolo, mi amigo filósofo, suele decir que el mundo espiritual se rige por una dictadura democrática: la única verdad es la mentira de la mayoría. Y parece ser que hay una absoluta. Sin embargo, si se supone que solo hay una, y a Pitágoras le ordena que prohíba no comer alubias, a Mahoma cerdo, a Buda vaca y a Jesucristo carne los días de vigilia, a mí el rollo me parece más anárquico. Si se dignaran a afrontar sus incoherencias, los clubs trascendentales deberían regirse por el sistema organizativo más evolucionado que conoce el reino animal: el sistema capitalista y democrático. Veamos: la minoría come, eso sí, por capitalista y demócrata, y la mayoría... ¡Castigados!

3. No te obstines

EL LADRÓN FACHA

Gertrudis entró en la biblioteca dejando su bici enganchada a un árbol. Un individuo sin conciencia ecológica lo taló y le robó la bici. Al ver que su vehículo no estaba donde lo había dejado, murmuró su frase favorita:

— C'est la vie -.

Acto seguido, utilizó sus piernas para coger el bus y llegar a clase. En un futuro próximo no podría montar, pero algún día compraría otra. Poco importaba que no fuera la misma, pues los dichosos instantes que tuvo encima suyo ya estaban consumidos.

Parece fácil, pues no solemos establecer los mismos vínculos con una persona que con un objeto. Pero Gertrudis podía haberse torturado pensando todo lo que no podría hacer sin su bici, maldiciendo al ladrón o buscando entre todas las bicicletas una que tuviera las marcas del último batacazo que se dieron. Vería problemas para acudir a cualquier lugar y se encerraría en su piso escribiendo una tesis sobre la efímera duración de las bicis en las urbes contemporáneas.

Una pareja no es un objeto, pero también se escachurra si le das mucha caña, chirría si la dejas mucho tiempo abandonada y te la pueden birlar. Pero admito que, en ocasiones, he

llorado como una niña caprichosa:

-¡Yo no quiero otro! ¡Buahhh!-.

- Pero este vehículo es mejor. Es más potente, lubrica más, no patina, tiene airbag...-.

Si uno no se empeña en recuperar un cacharro irrecuperable, puede encontrar otros de más interés. Pero si uno se engancha a la nostalgia, se hace esclavo del déspota que parió su fantasía y la realidad se convierte en un psiquiátrico.

Aquel treinta y uno de diciembre, al pensar en estrechar una idea y retorcerla, retorcerla, retorcerla, me puse tan nerviosa que engullí tres uvas a la vez. Aquella había sido la primera uva de una pretenciosa trilogía que intentaba vacunarme de tendencias obsesivas, convulsivas y ansiosas. Esta fue la siguiente:

4. No seas extrema

EL CERDITO Y LA SOBRASADA

Andaba por el campo una joven hambrienta que poco antes de desfallecer divisó una granja. Al llegar, un puerco se cruzó en su camino, alzó sus pezuñas, le enseñó la barriga y se puso a saltar. A continuación, tras mover su linda colita, echó a correr. La chica pensó que eso sugería:

- ¡Sobrasada, sobrasada! -.

Y tras perseguirle durante varios minutos, el cerdito se detuvo, se tumbó panza arriba, miró los ojos hambrientos de la chica y dijo:

- Cómeme, cómeme -.

Cuando se tiró sobre él para pegarle un mordisco, él, hábil, se escurrió. Jugaron varias horas al escondite, hasta que ella, agotada, empezó a pensar que era un cerdo raro. De repente, Petronio, pues así se llamaba el cerdo, se acercó para explicarle que él era especial. No estaba dispuesto a que su precioso cuerpo sirviera para deleitar a otros convertido en jamón, butifarra o solomillo. Según él, el resto de los cerdos eran idiotas por dejarse cebar para que alguien, una chica hermosa, por ejemplo, los hiciera picadillo. Seguidamente, tras sacarle la lengua, que ella imaginó cocinada con alcaparras, volvió a correr.

Petronio era un cerdo vulgar y corriente, incluso demasiado grasiento, pero a ella le parecía el cerdo más apetitoso de la tierra. Después de dar vueltas y vueltas, persiguiéndole en vano, se sentó. Iba a romper a llorar cuando oyó los gruñidos de los compañeros

de Petronio. Intentaba seleccionar una nueva pieza cuando él, sintiéndose desplazado, volvió a incordiarla:

- Oye, quiero cambiar. Me dejaré comer con una serie de condiciones. Quiero que diseques mi morro para colgarlo en tu comedor, que congeles mi encéfalo por si alguien lo necesita para un trasplante y que hagas conmigo un jamón y un lomo embuchado para degustar en la mejor feria gastronómica-.

Ella lo miró dudando. Volvió a mirar la pira. Había piezas interesantes. Miró, de nuevo, la carina tentadora de Petronio. Sin duda, ella tenía ganas de ese cerdo. Era una lástima.

Fue entonces cuando Petronio se fue con el rabo entre su gordo culote, murmurando:

-No puedes ir por ahí con la ley del todo o nada-.

Ella pensó que hubiera tenido razón si hubiera sido el único cerdo de la granja.

Yo creo que la chica hubiera sido más inteligente si, además de comerse otras piezas, hubiera trinchado también a Petronio. Tratándose de un cerdo, no logro entender por qué debía respetar sus condiciones. La ética humana tan solo suele aplicarse a la vida que se considera similar. Por eso, hemos hecho legítimos los atentados ecológicos, los mataderos de cerdos o de enemigos y hemos dejado morir de hambre a millones de personas por no estar globalizadas. Aunque eso sí, siempre son otros los que contaminan, otros los que matan y otros los que miran cómo alguien se ahoga sin mover un solo dedo porque no lo tiraron al agua. Y es que para ser buenos, basta con no ser malos.

La verdad es que puedo comprender que la gran piara humana siempre ha sido cochina. Pero no entiendo por qué los guarros nos reproducimos tanto, sobre todo si observamos las últimas tendencias psicológicas, que nos recomiendan que, para lograr las condiciones ambientales adecuadas para la procreación, nos comamos mutuamente y de modo equitativo, aunque otros cuentos más arcaicos insistan en mantener que se puede hacer un jamón con dos patas. Yo creo que lo más prudente es hacerse vegetariano, sobre todo desde que los pollos son víricos, las ovejas clones y las vacas psicópatas.